

Versailles

Marcia Morgado

EMPECÉ A IR A VERSAILLES DURANTE MI ÚLTIMO AÑO EN LA *Inmaculada*. MAYITA, mi amiga inseparable, pasaba por casa al amanecer. Nos despertábamos en el mostrador con un café con leche de verdad. El que preparaban en casa, primero con leche del Refugio y después con esa versión descremada –según los médicos, más saludable–, no era otra cosa que agua. En Versailles la leche era como debe ser. Espesa. Color arena bruñida. El café denso. Una recholata el encuentro entre ambos líquidos en la taza.

Las camareras me conocían y trataban con cariño. Sobre todo Elsa, pelo cuidado y uñas esmaltadas a la perfección. Me sentía como hubiera querido sentirme en casa. Entendían mis preferencias, como la de espolvorear canela en el café. Tostadas como las de Abuela, café con leche perfumado con canela y croquetas. ¿Existe mejor manera de comenzar el día? Seguramente sí. Pero ésta es, sin duda, una de las mejores. Versailles, además, me sirvió de escuela. Allí aprendí de conspiraciones. Entre pastelitos y papas rellenas se discutían, con exuberante indiscreción, invasiones y magnicidios. Era innecesario que La Habana tuviera espías en Miami. Los conspiradores se encargaban de vociferar sus planes secretos en medio de la Calle Ocho. Conspiraciones multiplicadas gracias al poder magnificador de las paredes del Versailles.

Fue allí donde me picó la curiosidad. Los veía gozarse las fumadas. Cada uno a su manera. Sobaban y rechupaban los tabacos como si fueran biberones. A veces lo sostenían cual otro apéndice, de primera necesidad, entre los dedos. Aprendí a insertarle un palillo para perforar el fondillo redondo. Virgen. A hundir esa punta en el fondo acaramelado de una taza de café. A envolverlo con la lengua. A mojarlo lentamente. Para hacer más dulce la primera chupada. Más picante el contraste. Aprendí a rotarlo entre los labios, empujando con la punta de la lengua. A acariciar el otro extremo con la juguetona mecha del encendedor. Una esfera iluminada desde su interior. Rojiza. Viva. Pidiendo otra chupada. Me picó el deseo. Y me pareció digno de probar.

No me detuve a pensar que hasta ese momento la mayoría de los practicantes eran hombres. Con la excepción de tía Celia. Recordaba haberla visto fumar tabaco en Cuba. Mientras ordeñaba sus vacas. Pero no fue el olor a leche caliente, fresca, mezclado con el humo agrio lo que me provocó la apatencia fumadora. Fueron los tomadores de café congregados en Versailles. Para hablar de política. Para recordar sus años mozos en Cuba. Acodados en el mostrador. Ultimando detalles para el próximo desembarco contra Castro. Haciendo patria entre bocanadas. Para mí, fumar tabaco es un acto patrióti-

co. De ahí esa inclinación a tratarlo con reverencia y, también, la terrible sospecha de que la Patria se vuelve humo.

En ese tiempo comenzó otra dedicación. No al tabaco confeccionado con hojas de esa herbácea oriunda de la isla de Tobago, sino al que viene como colofón al cuerpo masculino, rodeado de vellos y envuelto en el misterio del prepucio. En otras palabras, intacto. Perdón pido a los circuncisos pero me encanta descorrer la capucha de piel protectora. Preferiblemente con la punta de la lengua. Entre bocanadas de humo, ver aparecer la grandeza del glande en todo su esplendor. ¡Que viva el prepucio! Y me perdone Jerusalén.

Me pierdo por los vericuetos del miembro y olvido lo que hablaba antes. Es muy fuerte su atracción. Regreso: practiqué en mi cuarto. No con el apéndice vivo, sino con el otro que algunos freudianos consideran un sustituto. Prefiero ambos, cada uno tiene su encanto propio. ¡Qué nota la que se coge fumando un tabaco en medio de una buena templeta! Atravesada por un falo, y enredada entre olorosas espirales procedentes del habano. Vuelvo al cuarto de marras donde agarré una tremenda vomitera durante aquella primera sesión de aprendizaje. Por poco suelto los intestinos por la boca. El primer buche bañó las flores del amado cantero materno. Sin chistar, para que la dueña y señora del jardín no se enterara. Al día siguiente anduvo indagando con los vecinos para ver si descubría al sinvergüenza que le había arruinado los geranios.

La persistencia me regaló la victoria. Esperaba que se fueran a la cama. Entonces abría la ventana y me daba a la tarea en la que, de haber nacido hombre, mi padre hubiera participado. Como no era el caso, tenía que evitar que los progenitores percibieran el olor. Olor que él conocía bien. Le gustaba observarse en el espejo, el rostro difuminado por las bocanadas de humo. «Fumar no es cosa de mujeres», decía activando la memoria selectiva, enterrando sabrá dios dónde el recuerdo de los cigarrillos que Abuela consumía en una cadena interminable.

Jamás olvidaré el primero que fumé en público. Incomparable. Claro que el entorno ayudó a grabar el momento. El Enano Gutiérrez me retó a que encendiera un puro junto al féretro de su abuela. En la Funeraria Rivero. Entre los gemidos, el olor a azucenas y los cuentos de relajo dichos en voz baja, entremezclados con recuerdos de familia. Accedí a la petición del Enano. Los dolientes se daban importancia como si fueran de sangre azul. Pero lo único azul que se podía observar en ellos eran las sombras amoratadas que en ocasiones afloraban sobre la piel lechosa de Clara. La madre del Enano. Aquella noche una de esas manchas adornaba su pómulo derecho. Azul violeta desparramado por debajo del enorme marco de los espejuelos oscuros con que intentaba protegerse de las miradas durante el velorio de su anciana madre. Al verla pensaba en un personaje del teatro kabuki. ¡Espeso maquillaje!

Los comentarios sobre los orígenes del hematoma corrían de un lado a otro del salón. Muy en privado Clara lo atribuía a tanto llorar. Nadie le creyó. Parecía firmado con el puño de Roberto Gutiérrez. Conocido contratista mia-

mense, dueño de una compañía multimillonaria especializada en instalación de piscinas. Connotado líder político. Se rumoreaba que bien podría ser «el próximo presidente de la ya cercana Cuba libre». Por eso Clara no me aceptaba. No me consideraba un buen prospecto para cruzar las macizas puertas del palacio presidencial cubano del brazo del minúsculo heredero. Así que cuando El Enano me retó, aproveché para hacer en público lo que llevaba tiempo practicando a solas.

El silencio retumbó en la casa de madera, devenida en funeraria, de la calle Flagler. Sin inmutarme. Concentrada en el acostumbrado ritual, encendí el tremendo H Upmann (extraído clandestinamente de la colección del patriota Gutiérrez). Cortesía del heredero. Único apéndice memorable que puedo atar al pequeñuelo. Era enano doble. Me sorprendió cuando tuve la oportunidad de observarlo. Hasta ese momento pensé que había un tamaño básico en pene. Que haría parecer mejor equipados a los hombres diminutos. De ahí el mito de los enanos pingones. Mito que desbarató el futuro heredero de una de las mayores fortunas del exilio. Era, sin lugar a dudas, un enano absoluto y, nunca mejor dicho, orgánico. Pero gracias a él hice en público por primera vez una de las cosas que más disfruto. Saborear un buen tabaco. Desde luego, como los cubanos no hay dos.

Esta afición me brindó la oportunidad de perfeccionar técnicas que habría de practicar en otros quehaceres que requieren destreza bucal. Y me hizo meditar sobre la dicotomía que sufren tantos cubanos. Homofóbicos por tradición, y asiduos fumadores de habanos. Homofóbicos pero no humofóbicos. Actividad que debería considerarse femenina si nos guiamos por la lógica más elemental. Chupar, succionar, le viene de perillas a una mujer. Y cuando se lo hacemos a un tabaco, ellos temen que les robemos el sustituto de lo que, sospecho, añoran: un gran pene.